

Vida cotidiana en la Guerra de Sucesión

Pere MOLAS RIBALTA

Universidad de Barcelona

RESUMEN

Este artículo trata de estudiar la situación de Barcelona en el día a día en el contexto de la Guerra de Sucesión Española, a partir de las anotaciones en un cuaderno realizada por un partidario de Felipe V que logra escapar de la ciudad y, en unas circunstancias tan adversas, describe minuciosamente su vida cotidiana y material.

Palabras clave: Vida cotidiana, Barcelona, Guerra de Sucesión Española.

ABSTRACT

This article attempts to study the situation of Barcelona every day during the War of Spanish Succession, starting from the account book of one Philip's V supporter who had to escape from the city and who accurately described the details for the material life.

Key words: Everyday life, Barcelona, War of Succession.

A finales de los años setenta, dos becarios de la Universidad Complutense encontraron en un archivo privado de la provincia de Ciudad Real una relación inédita sobre el sitio de Barcelona por los aliados en 1705. El documento había llegado allí porque los propietarios descendían de un magistrado de la Audiencia borbónica de Cataluña. Los becarios en cuestión eran el hoy catedrático de Historia moderna Juan Manuel Carretero Zamora y José María Barreda Fontes, presidente de la Comunidad de Castilla La Mancha. Pusieron su hallazgo en conocimiento del historiador catalán Joan Mercader Riba, máximo conocedor del régimen de Nueva Planta, e investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Este procuró que el documento se publicase en la revista *Hispania* correspondiente al año 1980¹. La relación aparecía como anónima, pero el texto apuntaba a que su autor era un catalán partidario de Felipe V y concretamente el Dr. en derecho Honorato Pallejá, que había sido consejero de la ciudad de Barcelona en 1704. Había sido privado de su cargo por decisión del consejo municipal en una polémica muy sonada y luego repuesto por orden del rey, lo que había concitado una fuerte animosidad en su

¹ CARRETERO ZAMORA, Juan Manuel y BARREDA FONTES, José M^a: “Una fuente inédita sobre la Guerra de Sucesión. Memoria anónima sobre el sitio de Barcelona de 1705”, *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. 40, nº 146, 1980, pp. 631 – 670.

contra². Posteriormente se depositó en el Arxiu Nacional de Catalunya una narración más extensa que la anterior y en este caso inequívocamente firmada por Pallejá. El texto ha sido publicado por Joaquim Albareda en un volumen de fuentes sobre la guerra de Sucesión³, pero el citado autor se ha limitado a comentar los hechos políticos, cuando el principal valor de la narración consiste en la atención que el autor dio a las situaciones de la vida cotidiana, o para utilizar las mismas palabras del Dr. Pallejá, como comer, beber y dormir en un contexto de guerra y de persecución, y como huir de la persecución a través de una verdadera red de solidaridades familiares y de amistad, en la que tuvieron un papel fundamental los eclesiásticos. Completaré las referencias de Pallejá con informaciones que nos han dejado otros contemporáneos, entre ellos los dietarios oficiales de las propias instituciones catalanas.

El ritmo de la vida cotidiana de la ciudad de Barcelona se vio alterado por el asedio de las tropas aliadas a fines del verano de 1705. Se cerraron las puertas de la ciudad y desde el 22 de agosto dejaron de sonar las campanas de las iglesias, salvo para señalar ceremonias muy concretas en la catedral: los maitines, la elevación de la hostia consagrada y dos toques de oraciones⁴. El virrey don Francisco de Velasco impuso un riguroso toque de queda a partir de las ocho y media. El Consejo de Ciento y la Generalidad solicitaron la atenuación de esta medida alegando la necesidad de atender las urgencias de salud del cuerpo y del alma, llamar al médico o la comadrona, administrar el viático y la extremaunción a los enfermos graves. El virrey accedió a que se pudiera salir por la noche por necesidad, por supuesto sin llevar armas, ni tampoco capa que pudiera esconderlas (8 de septiembre). No voy a entrar aquí en las incidencias que el asedio provocó en el abastecimiento de productos alimenticios, pero sí que durante cierto tiempo se permitió la salida de la ciudad y que lo hicieron unas 6000 personas en condiciones penosas, a pie y con el hatillo de ropa al brazo.

Las hostilidades también impidieron desplegar el ceremonial de duelo acostumbrado cuando murió el diputado eclesiástico de la Generalidad – en teoría el presidente del Consistorio – el 26 de septiembre. Sólo se mandó que las puertas del palacio estuvieran cerradas durante tres días. Y tampoco se pudo proceder a sortear quien debía ser el sucesor, aunque se intentó mantener el ritmo institucional previsto por la normativa. Pero algunas personas alegaron que no se podía saber cual era el estado real de las listas de insaculados, si habían muerto o cualquier otra circunstancia, precisamente porque el asedio había interrumpido los servicios ordinarios de correos, estafetas y ordinarios. Desde el día 17 de septiembre hasta que se firmó la capitulación la Generalidad había mantenido cuatro cirios de noche y día delante de la imagen de San Jorge⁵.

² CASTELLVÍ; Francisco de: *Narraciones Históricas*. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pércopo. Madrid 1997, I, pp. 463 – 464.

³ *Política, religiositat i vida quotidiana en temps de guerra (1705 – 1714)*. Edición y estudio preliminar de ALBAREDA, Joaquim. Barcelona, Institut Universitari d'Historia Jaume Vicens, 2000.

⁴ *Dietaris de la Generalitat de Catalunya* (DG). X, Barcelona 2007, pp. 621 – 622.

⁵ DG, X, pp. 624 – 627 y 631.

Para la mayoría de habitantes que permaneció en la ciudad la urgencia mayor para los ciudadanos: escapar del bombardeo que sufrió la ciudad durante varias semanas por tierra y por mar, de día y de noche. La gente salía de sus casas a medio vestir, descalza, llevando consigo a niños y enfermos. Fueron alcanzados por las bombas los edificios de la Generalidad y del Consejo de Ciento, el Hospital general y la iglesia de la Merced, lo que obligó al traslado de imágenes y del cuerpo de una santa barcelonesa: María de Cervelló, cuya canonización se había celebrado con gran solemnidad tan sólo hacia doce años.

El virrey había comprendido en el toque de queda el caso de que la vivienda fuera alcanzada por las bombas y contestado a las peticiones de las autoridades catalanas que los que no tuviesen ánimo de sufrir las bombas en sus casas se retirasen a paraje seguro antes del toque de queda. Una fuente conventual inclinada al austracismo observaba con ironía que el propio virrey fue de los primeros en abandonar su residencia cuando empezó a ser bombardeada, el 14 de septiembre. Después de probar diversas residencias, Velasco se estableció en el monasterio de San Pedro de las Puellas, junto a la muralla de tierra. Las bombas llegaron hasta allí, pero Velasco disponía en las bóvedas del monasterio, de un verdadero bunker, un fuerte “a prueba de bomba”, según el austracista Francisco de Castellví⁶. El lugar era tan seguro que en él se alojó el archiduque Carlos de Austria cuando la ciudad fue sitiada por las tropas borbónicas al año siguiente. Quizás el lugar resultaría incómodo fuera de las dependencias principales. En 1706 el príncipe Enrique de Hesse recibió a los representantes de la Generalitat de pie, sin ofrecerles el asiento protocolario, a causa de la incomodidad y estrechez del espacio⁷.

Los problemas de Pallejá se agravaban por las violentas amenazas que recibía por parte de los elementos austracistas y por el avanzado estado de gestación de su mujer. Cuando comenzó el bombardeo dejó su casa, que estaba relativamente cerca de la línea de mar, y se refugió primero en la de su cuñado; luego en la de un antiguo maestro. Más adelante durmió en diversas iglesias y conventos que consideraba construcciones seguras. Pallejá es buen narrador y sabe imprimir ritmo a las situaciones de angustia por él padecida, que fueron numerosas. Por ejemplo, un bombardeo les sorprendió de noche lejos de su casa, por la calle y sin luz; él fue herido por unos cascotes, con la natural preocupación de su mujer ante la vista de la sangre. Además transportaban el colchón a cuestas, o más bien lo llevaba un muchacho asalariado, pero este desapareció y dejó a Pallejá solo con el acarreo del colchón, y además sin cenar, circunstancia que, como veremos, le preocupaba bastante.

Pallejá no disponía de un servicio permanente. Un sastre amigo y hombre de confianza le proporcionó los servicios de una mujer que cocinase para él. A veces él y el sastre comían en su casa y cenaban en un colegio religioso. Por razones de seguridad, para evitar el hostigamiento de que era víctima, decidió dormir en el monasterio de San Pedro junto al virrey y que la hortelana de un convento próximo le preparara la comida que él consumía en el huerto.

⁶ CASTELLVÍ, *op. cit.*, I, p. 543.

⁷ DG, X, pp. 692, 695 y 699.

A principios de octubre el virrey aceptó la capitulación y se previó la salida de las tropas. La infantería debía salir “en batalla por la brecha”, caballería montada, “tocando cajas y trompetas”, con banderas desplegadas y todo el bagaje. Pero a pesar de estas disposiciones, el día prefijado, el 14 de octubre, estalló un motín que estuvo a punto de costar la vida a los partidarios de Felipe V. La guardia de caballería del virrey había abandonado sus posiciones para hacer sus maletas. El monasterio de San Pedro fue asaltado y los dignatarios borbónicos tuvieron que huir por la muralla; fueron salvados de la multitud que los perseguía por la oportuna llegada del general inglés lord Peterborough. Pallejá nos narra entonces que los generales marqués de Aitona y duque de Pópuli se dirigieron al lord para interesarse por la suerte que hubieran podido correr sus mujeres durante el tumulto y que el inglés les tranquilizó al respecto⁸. Hizo concentrar a las damas en la casa del marqués de Rupit, “que pegada a la Puerta del Angel era amparada de la guardia que la guarnecía y cierto fue oportuna la diligencia, porque la plebe había roto todos los diques del respeto”⁹. Pópuli fue el encargado de ocupar Barcelona en 1713 y se le atribuía odio a los barceloneses por los insultos que había sufrido su mujer ocho años antes¹⁰.

Pallejá sufrió entonces las consecuencias de ser un partidario de Felipe V pero no de primera línea, por lo que no tenía una protección excesiva antes los posibles ataques y venganzas de los triunfadores. Mientras los borbónicos comían en el campamento de Peterborough, eran insultados por los austracistas, “con millares de blasfemias que escandalizarían al corazón más empedernido”. Pallejá se muestra bien preciso sobre la composición social de sus adversarios; por supuesto había “paisanismo”, pero también algunos caballeros y juristas. Más aún, mientras Velasco y los generales comían sentados, Pallejá tenía que hacerlo de pie, y el virrey se permitía bromear con él. “De buena ha escapado, Dr. Pallejá”, le decía. Pallejá dijo para sus adentros – mira que tú, pero por supuesto no dijo nada. Las tribulaciones no habían terminado. Después de comer tuvo que ir a pie hasta la playa para embarcarse en los navíos británicos. Iba acosado por los paisanos y cogido a las ancas del caballo de Peterborough, para evitar un disparo que pudiera llegarle (porque no faltaban los insultos y las amenazas). Llegó a la orilla sucio de agua y fango hasta media pierna y cedió la capa a otro fugitivo, en este caso un conde, el conde de Llar. En la playa luchó para encontrar sitio en una lancha y así no tener que pasar una noche arriesgada en tierra, como le sucedió al conde. Pero entonces se levantó un fuerte viento y empezó a llover con furia y la lancha tardó dos largas horas hasta llegar a los navíos. Pallejá, que ya no era joven, tuvo que trepar por una cuerda con gran dificultad, sin saber donde poner los pies, y al fin tuvo la suerte que un marinero le entrara por un escotillón.

⁸ MOLAS RIBALTA, Pere “El marqués d’Aitona a la Guerra de Successió”, *Butlletí de la Societat catalana d’Estudis Històrics*, XI, 2000, pp. 51 – 59.

⁹ LOPEZ de MENDOZA, Agustín, Conde de ROBRES, *Historia de las guerras civiles de España*. Zaragoza 1882, pp. 247 – 248. Hay nueva edición, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006.

¹⁰ DUQUE DE BERWICK: *Memorias*. Edición y estudio preliminar de Pere MOLAS. Alicante, Universidad de Alicante 2007, p. 405.

Ya a bordo, los fugitivos sufrieron el mareo, “en una continua basca”, y la falta de alimentos, que por el mal estado del mar no podían llegar de la ciudad. A Pallejá le costó siete reales de plata poder encontrar unas medias de lana para cambiarse. Pasó la noche sin cenar y prácticamente casi dos días sin comer. Sólo encontraba a bordo unas cocas duras. Además se reproducía la escena de la comida en tierra, En la mesa de estado, es decir, en la del virrey, quien no iba listo no comía, nos dice Pallejá. El virrey le hizo llegar dos aves medio crudas y aun se permitía bromear diciéndole, Dr. Pallejá, ¿cómo no come? Come y vomite, que siempre quedará algo. Cuando cesó la tormenta llegó comida de Barcelona y la situación mejoró algo. Sin embargo, la incertidumbre del porvenir inquietaba a los fugitivos y corrían los rumores de que serían llevados a Inglaterra como prisioneros. Pallejá recibió a algunos parientes y amigos que le instaban a que volviera a la ciudad y no dejara desamparada la familia en circunstancias tan difíciles

A diferencia de otros catalanes borbónicos, Pallejá no quiso seguir el viaje con Velasco hasta Andalucía en los navíos aliados. De haberlo hecho hubiera compartido el mal viaje que sintetizaba el futuro consejero de Castilla José Buenaventura Güell y Trelles, que era uno de los fugitivos: después de un mes en el mar y haber sufrido dos tempestades, se encontraron “robados, saqueados y desnudos” en una playa de Andalucía¹¹.

Pallejá decidió ir por su cuenta y riesgo a Perpiñán, donde vivía un hermano suyo. Y aquí viene la parte más sorprendente de esta historia. Pallejá consiguió su objetivo, no sin dificultades, como veremos, gracias a la colaboración de un buen número de personas, muchas de las cuales cobraron bien sus servicios, pero otras lo hicieron por razones de parentesco y amistad muy indirectas, sin conocerle personalmente y sin que en aquel momento Pallejá pudiera ofrecerles una influencia política a cambio. Fueron amigos de amigos quienes en una red de solidaridad fluida pero resistente le ayudaron a llegar a territorio seguro, pero quizás ello no hubiera sido posible sin la participación y la protección de eclesiásticos y en especial de un fraile pariente de su mujer, el padre Roig.

Pallejá quería hacer un viaje directo por mar, pero por el momento tuvo que contentarse con llegar a la villa de Blanes, con nombre fingido, mientras el padre Roig iba disfrazado de miguelete. En Blanes se alojó en casa de un cuñado del padre Roig y luego en un convento de capuchinos. Parientes y conocidos intentaron obtener un pasaporte que le permitiera viajar con seguridad, pero el miedo a ser encontrado por los miqueletes austracistas le hizo aceptar la oferta de un patrón que se ofreció a llevarle a un puerto del Rosellón.

El viaje tenía que ser directo, pero el patrón hizo escala en la playa de Palafrugell, según dijo por motivos familiares y allí se renovó la odisea del Dr. Pallejá. Llegaron a las dos de la madrugada y el patrón le dijo que era cuestión de tres cuartos de hora conseguir una embarcación para proseguir el viaje, mientras el fraile se

¹¹ Sobre la ulterior carrera de este personaje vease MOLAS RIBALTA, Pere: “Los fiscales de la Cámara de Castilla”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Universidad Complutense de Madrid, n° 14 (1993), pp. 12-13.

ausentó para visitar a un amigo. Pallejá tuvo que esperar escondido en una barraca en la playa, sin ventanas, temeroso de darse a conocer y de nuevo sin comer. Fue rescatado a las cinco de la tarde por el P. Roig; en cuanto al patrón se excusó con argumentos inconsistentes y en la práctica se desdijo de su compromiso. Por fortuna el religioso consiguió la colaboración de su amigo, que era un notario de la villa. Este le acogió en su casa durante algunos días. Pero de nuevo la sospecha de un asalto por parte de austracistas incontrolados les hizo marchar a un convento de mínimos situado fuera de poblado. A partir de este momento el desplazamiento por tierra se hizo de noche y a escondidas. Los viajeros iban “per montes et colles”, como decía Pallejá, por caminos excusados. Llegaron al convento de Santa Reparada a las cuatro de la madrugada y fueron recibidos por los fuertes ladridos de los perros. Por suerte, como abogado Pallejá lo había sido del convento de San Francisco de Paula y había ganado un pleito en el que esta interesado el convento (las casualidades también existen en la vida real). Los frailes no tuvieron reparo en acoger a Pallejá durante tres días a la espera de que mejorase el tiempo para poder embarcarse, pero de nuevo tuvo que huir por la amenaza de los migueletes. Por fin se embarcó en una cala solitaria con unos mozos y los monjes les bendijeron desde la orilla.

Era otoño y el viento era fuerte y frío. Cruzaron el golfo de Rosas a remo, porque el viento contrario no les permitía izar las velas; tras doblar el cabo de Creas no pudieron proseguir el viaje por la fuerte tramontana y tuvieron que decidirse por desembarcar en Cadaqués. En mar abierto el jurista y los marineros rivalizaban en invocaciones a la Virgen y a los Santos, promesas de misas, letanías, y padrenuestros por las llagas de Cristo. A Cadaqués llegaron también de noche y con precauciones. Por suerte Pallejá llevaba una carta de recomendación de un mercader de Blanes para un médico de Cadaqués. Y éste, el doctor Jordá, aunque no le conocía personalmente y además era un austracista apasionado (“un fort aligot”), acogió al fugitivo borbónico y le ayudó a cruzar los Pirineos, evitando la persecución aunque no se privó de zaherirle haciendo que su hijo pequeño le cantara canciones austracistas en honor de “Carlos III”. En cambio la mujer de Jordá no parece haber estado nada satisfecha con la presencia de un huésped tan inesperado.

De nuevo se repite la desconfianza y el miedo a ser descubierto por migueletes que llegaran a la población. Por fin y en vista de que el tiempo no mejoraba, Pallejá se decidió a cruzar los Pirineos. Seis personas armadas salieron de Cadaqués a las nueve de la noche: Pallejá, Jordá, el Padre Roig y tres de los mozos que le habían acompañado en la barca. Todavía se contó con más complicidades. A las tres de la madrugada llegaron a las afueras de la población de Llançá. Allí el Dr. Jordá consiguió la colaboración de un amigo y del mozo de este, que le indicó que los caminos más fáciles estaban controlados por los migueletes austracistas, pero que el les indicaría por donde se podría efectuar el viaje con seguridad y les acompañaría. Al romper el día se encontraban al pie de los Pirineos.

La travesía de los montes fue una odisea terrestre. A poco de emprender el viaje Pallejá cayó del caballo por tener la albarda mal cinchada. Más adelante cayó también el Dr. Jordá. Pallejá recuerda varias veces que no hubiera podido llegar a su destino sin la ayuda de los tres mozos a los que por supuesto recompensó eco-

nómicamente. Caminaban por “malísimos caminos, subidas y bajadas horribles”, procurando evitar a los migueletes. La fuerte tramontana “parecía que se iba a llevar las piedras” y atería de frío a los fugitivos, a pesar de que Pallejá llevaba dos gambetos y una capa. Las montañas parecían no tener fin. Por fin llegaron al Rosellón a le desbandada. El Dr. Jordá y uno de los mozos permanecieron en los montes por no haber sabido encontrar el camino de descenso y no se vuelve a hacer mención de ellos. Pallejá se había clavado espinos en los pies y era llevado prácticamente en volandas por los mozos. En la azarosa travesía se perdió la caballería en la que Pallejá llevaba su ropa (seis camisas, seis calzoncillos, tres pares de medias blancas), de manera que terminó su viaje literalmente con lo puesto, más o menos como Güell y Trelles llegó a Andalucía. Eran las cinco de la tarde cuando llegaron a una casa de payés del pueblo rosellonés de Banyuls, después de casi dos días de viaje. Recibidos en principio con hostilidad y desconfianza, progresivamente fue bien recibido por particulares y autoridades hasta llegar a ser recibido por el intendente del Rosellón, al que entregó una carta de recomendación del virrey Velasco.

A partir de este momento el ritmo de la vida cotidiana es el de la vida familiar. Pallejá había conseguido que su esposa saliera de la Barcelona sitiada y luego consiguió que se reuniera con él en Perpiñán, siempre con la colaboración del padre Roig. En esta ciudad Pallejá no sólo encontró a sus parientes, sino a otros catalanes borbónicos, exiliados como él y que esperaban la ayuda económica de las autoridades francesas y españolas (las “asistencias” decían). Muchos eran nobles, pero, para desdejar tópicos que identifican a los partidarios de Felipe V con la aristocracia, también había menestrales, sobre todo de la vecina comarca del Empordá (y también estaban “nuestros migueletes”, es decir, los borbónicos). Pero en la primavera del año siguiente nuestro personaje dejó a su familia para volver a Cataluña e incorporarse al asedio de Barcelona por los ejércitos borbónicos, mandados por el propio Felipe V. Parecía que se acercaba la hora del triunfo y Pallejá quería participar en las recompensas. La misma idea le había empujado el año anterior a llegar pronto a Perpiñán. No quería ser el último seguidor de Felipe V en presentar sus méritos al soberano y recibir el premio correspondiente por ellos.

Esta vez el viaje se hizo en una tirada por mar, de Port Vendres en el Rosellón a la playa de Barcelona. Allí pudo ver que los austracistas habían destruido una torre que poseía; también habían destruido su casa en Barcelona, llevándose puertas y balcones, tal como había hecho constar en su relación de los acontecimientos del año anterior. No tenía donde dormir, pero viajaba con el colchón y ahora contaba con la protección del duque de Noailles, gobernador del Rosellón, que se encontraba en el cuartel general de Felipe V y que llegó a presentarle al monarca. Cuando había concluido la jornada y todo el mundo se había retirado, Pallejá dormía en el suelo en la residencia del duque. Consiguió comprar un caballo para desplazarse entre el ejército sitiador, pero el animal se le enfermó y murió por falta de cebada y avena.

El viaje de Pallejá a Barcelona fue poco afortunado. Consiguió besar la mano del rey, pero muy pocos días después todo el ejército borbónico tuvo que emprender la retirada ante la llegada de la flota aliada con las tropas de Peterborough. Pallejá tuvo que comprar otro caballo para la retirada y además hacer arreglar la silla, la brida y el estribo para poder escapar.

Pallejá era un civil en un ejército en retirada por un país hostil, que sin embargo era el suyo. El intentó en vano que los soldados franceses no saquearan la parroquia de Mollet cuyo titular era pariente suyo. La retirada había comenzado a medianoche en gran confusión. El doctor había conseguido los servicios de dos criados, dos bribones dijo, que desaparecieron durante los momentos más conflictivos, y aunque más tarde volvieron a su lado, un oficial francés los reclutó. Pero aunque el viaje fue azaroso esta vez no le faltaron ayudas puntuales de los mandos borbónicos así como otras relaciones, que le procuraron un nuevo criado. En la villa catalana de Torroella de Montgrí, por la que había pasado Felipe V, fue acogido por uno de los jurados, que era conocido suyo y lo mismo sucedió en la población rosellonesa de Voló (Boulou), ya en territorio francés. En estas ocasiones pudo dormir en una “galante cama” y cenar bien (pero estas comidas agradables no las comenta). Hasta aquel momento durante la retirada había dormido, según su expresión “a lo duro”.

En el detalle de sus peripecias Pallejá concedió gran atención a lo que comía, y sobre todo a las dificultades que tenía para comer. Por ejemplo, recuerda que el día del motín de Barcelona había comido berenjenas para desayunar. Luego, durante el viaje menciona las horas que pasó en ayunas. Treinta y seis horas llevaba sin comer, decía, contando los vómitos, cuando el P. Roig le rescató de la barraca de la playa de Palafrugell y le improvisó un plato con fideos. El pescado en escabeche que le habían preparado en Blanes le sirvió para comer varios días, incluso cuando cruzaban los Pirineos. En casa del notario de Palafrugell comió una sopa escaldada con huevo y algo de carne. Cuando por fin llegó a una casa de payés en el Rosellón, después de una travesía extenuante, comió sopa, tortilla y pollo. Al año siguiente en Torroella compró pollos y gallinas y se hizo preparar un buen caldo que le resarcía de las penalidades pasadas. Las gallinas son citadas para caldo y también como fiambre. La mención a la comida por parte de Pallejá siempre es importante. Antes de emprender la travesía de los Pirineos el grupo que le escoltaba comió cuatro bocados. Un artesano compañero de viaje le preparó sopa de pan en la embarcación que le llevaba de regreso a Barcelona en 1706. A la vuelta del fracasado sitio y a pesar de las ganas que tenía por volver a ver a su mujer, dejó que su criado hiciera un alto y comiera un poco antes de llegar a Perpiñán.

Los huevos eran una solución en muchas ocasiones. Sopa con huevos o tortilla saciaron su hambre en más de una ocasión, por ejemplo en la playa de Palafrugell, en el convento de Santa Reparada, a su llegada a Cadaqués o cuando desembarcó en Barcelona en 1706. En alguna ocasión, recuerda, tuvo que comer pan negro como el pez. La retirada de 1706 también fue difícil, sobre todo en sus primeras etapas. Durante la primera jornada no hubo desayuno ni comida; en cambio bebió siete vasos de agua para saciar una sed abrasadora. Cerca del pueblo de Mollet comió pan y nueces con algunos soldados conocidos y luego pan con queso. Más adelante consiguió que le dieran las sobras de la comida del duque de Noailles e incluso una pierna de cordero asada. La falta de agua se agudizaba porque los campesinos habían abandonado sus casas y se habían llevado incluso las cuerdas del pozo, para que los soldados enemigos no pudieran beber. A falta de vasos los sombreros de los soldados servían para recoger el agua de los riachuelos.

Como vemos, el doctor Pallejá dejó constancia de su interés por las condiciones materiales de la existencia. En la crucial travesía de los Pirineos se hubo de hacer un alto no sólo para que comieran los viajeros sino también para que lo hicieran las caballerías, cuyo concurso era imprescindible. En medio de aquellos montes hubo que encender fuego para preparar la comida. Fuego de astillas se hizo en la playa de Palafrugell para comer unos huevos que salieron no sabía de donde y también hubo que encender fuego para secar las medias mojadas. Hay también en el texto de Pallejá bastantes referencias al vestido. Cuando llegaron al Rosellón el P. Roig se había puesto un gambeto encima de su hábito por causa del frío, lo que ocultaba su condición clerical y ayudaba a dar al grupo el aspecto de saqueadores ante las mujeres que les vieron llegar con sorpresa y desconfianza. Pallejá las tranquilizó diciendo que se trataba de un religioso.

Pallejá describe con detalles todo tipo de molestias que le aquejaban: el hambre, el frío, el miedo, las nauseas, los calambres. En la navegación de Blanes a Palafrugell tuvo unas “grandísimas bascas y vómitos” en los que sentía morir. A la salida de Palafrugell le aquejaba un terrible dolor de muelas, que intentó curar enjuagándose la boca con aguardiente, aunque más bien fue la ingestión de una sopa caliente lo que reventó el flemón y puso fin a su sufrimiento. Durante la retirada de 1706 nuestro personaje padeció una hinchazón de ampollas en las manos que a duras penas le permitía llevar las riendas de su montura.

Lógicamente Pallejá se preocupa por la situación de su familia, por el estado de su mujer embarazada de ocho meses. Se trataba de unas segundas nupcias, pues Pallejá había enviudado de un primer matrimonio en 1697. Cuando es alcanzado por unos cascotes en la cabeza durante los bombardeos de Barcelona disimula la herida, secándola con un pañuelo para que ella no lo note. Luego hace llamar a una comadrona para que la examine, por si hubiera resultado perjudicada por la caída. Logró que pudiera salir de la ciudad sitiada y retirarse a pueblos de los alrededores. Antes de salir de Barcelona consiguió hacerla venir para despedirse de ella. Estaban juntos cuando comenzó el motín, del que ella estuvo a punto también de ser víctima. Cuando se encontró a salvo en Perpiñán, Pallejá envió al Padre Roig de nuevo a Cataluña para que consiguiera pasaporte para su familia. Ella había sufrido mucho temiendo por la vida de su marido, ya durante el motín, ya después y padeciendo además el rechazo social de familiares y amigos por la opción política de Pallejá. El Padre Roig la encontró con fiebre y sangrada tres veces, pero pronto mejoró, nos dice nuestro narrador, porque sus molestias provenían de la ignorancia y temor por la suerte de él. El viaje a Perpiñán duró siete días y el parto tuvo lugar el 3 de enero de 1706. Dos días más tarde se celebró el bautizo de la criatura. Lo apadrinó el propio gobernador del Rosellón, el duque de Adrian Mauricio de Noailles, cuyo primer nombre se impuso al recién nacido.

El amor familiar de Pallejá pasaba a un segundo plano cuando se trataba de obtener ventajas políticas. Ya en el crítico mes de octubre de 1705 a quienes le instaban a no abandonar a su familia, que antes la sacrificaría que faltar a la fidelidad a quien consideraba a su legítimo rey. Pocos meses después del nacimiento de Adrián dejaba a Eulalia sola y enferma, para incorporarse al sitio de Barcelona, aunque dijo sentirlo mucho y que se despidió con un beso, sin poder hablar porque

le reventaba el corazón. A la vuelta, en Voló. Se levantó antes de amanecer para poder entrar en Perpiñán tan pronto abrieran las puertas, cuando tocaban las seis de la mañana y poder ver a su mujer cuanto antes. El año anterior había dispuesto que su hijo mayor Francisco quedara en Mollet como garantía para la conservación del patrimonio familiar. La decisión, a la que el muchacho se había resistido con un llanto inútil, resultó fatal. En Barcelona el pequeño era insultado por otros niños como hijo del “traidor del Dr. Pallejá”. Para librarle de estas vejaciones los familiares le llevaron a la parroquia de Mollet y allí murió según parece por haber comido uvas verdes en verano. La muerte de su primogénito afectó duramente a Pallejá, que cayó enfermo. Además en febrero de 1707 murió el pequeño Adrián. El padre achacó la muerte a la mala calidad de la leche de las nodrizas o quizás a los pesares que la madre había padecido durante la gestación. Un tercer hijo, Cayetano, había estado a punto de morir por la caída de un vehículo en el viaje con su madre a Perpiñán.

A la hora del triunfo borbónico Pallejá fue uno de los administradores nombrados por el duque de Berwick para el gobierno interino de la ciudad de Barcelona. En 1716 fue nombrado para ocupar una plaza de alcalde del crimen en la Audiencia establecida por el decreto de Nueva Planta. Los jueces de la sala criminal debían asistir al tribunal tres horas cada mañana los días laborables y tener audiencia pública los martes, jueves y sábados. Además habían de asistir a rondas de vigilancia, hacer sumarias, recibir informaciones y examinar testigos. El decreto encomendaba a la sala criminal “que esté muy a la vista de todas las ciudades, villas y lugares y de sus justicias”, por lo que tanto importa para la quietud de la provincia¹². Formaban parte de la misma sala Buenaventura Güell, uno de los embarcados de 1705, a quien ya hemos mencionado y el ampurdanés Gregorio Matas y Pujol, compañero de los días de Perpiñán.

Según el capitán general marqués de Castelrodrigo, Pallejá era un buen letrado, de mediana inteligencia en cosas de gobierno y sobradamente satisfecho de sí mismo¹³, una impresión que confirma el protagonismo que se asignó a sí mismo en la historia de sus desgracias y en la redacción de su primera redacción anónima. Pero el 1717 Castelrodrigo recibió del rey la comisión para armar caballero al Dr. Pallejá, que había alcanzado la citada dignidad como recompensa de su fidelidad. Murió en 1720 sin ascender a plaza de oidor. Su hijo Cayetano llegó a pertenecer al Ayuntamiento borbónico de Barcelona, pero sólo en calidad de teniente, precisamente en una plaza de regidor propiedad de la familia Güell. Tampoco tuvo suerte en la traducción que hizo al castellano del famoso Libro del Consulado del Mar. Como el segundo traductor fue el académico de la Historia Antonio de Capmany, de familia austracista, entra en la lógica que criticara duramente la labor de su predecesor. El nombre de Cayetano se hizo familiar en la familia y en 1814 un Cayetano Pallejá fue nombrado relator de la misma sala criminal de la que Honorato había sido juez.

¹² NOVÍSIMA RECOPIACIÓN DE LEYES DE ESPAÑA. Madrid 1805 (reedición BOE 1976). Libro V. Título IX, artículos 14-18, pp. 406-407.

¹³ PEREZ SAMPER, M^a Angeles: “La formación de la Audiencia de Cataluña (1715-1718), en *Historia social de la administración española. Estudios sobre los siglos XVII y XVIII*. Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1980, p. 240.

* * *

La historia del Dr. Pallejá pudo haber ocurrido en otros momentos de la Edad Moderna: en las luchas de las ciudades italianas del Renacimiento, en la Alemania del Renacimiento, en la Inglaterra del siglo XVII, en momentos de luchas civiles. Creo que de su narración se desprenden dos grandes constataciones. En primer lugar el inexorable peso de las necesidades de la vida material, cuyas carencias experimenta un individuo de clase acomodada. Y en segundo lugar la importancia de las redes familiares, de amistad y relación, de las cuales nos hemos limitado a destacar sólo las más importantes. Uno de los mozos que llevó en volandas al Dr. Pallejá en el Rosellón, pertenecía al grupo que se había confabulado para robarle y matarle en Palafrugell, sin conocerle de nada.